

862 PQ6621
L.R. .I 4
03
V.10



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

COMO BUITRES...

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada
en el TEATRO CERVANTES el día 11 de Di-
ciembre de 1913.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PERSONAJES

PAZ
MATILDE
JACINTA
CAMILA
PAQUITA
AMBROSIA
M. LLE BERTILE
DON PERFECTO SANJUANELLA
SATURNINO
ANTOLIN
JACOBO
JUAN ANTONIO
JOSÉ
ERNESTO
EL NOTARIO
BLAS

LA ACCIÓN EN VILLALINDA.—ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO

Una sala de gente rica en casa de Paz. Es por la mañana, en Octubre

ESCENA PRIMERA

SATURNINO y BLAS que entra por la izquierda y deja un legajo de papeles sobre la mesa

BLAS.—Ya tiene ahí todo lo que estaba apartado en la estantería del despacho. ¿Quiere algo más?

SAT.—No.

BLAS.—Hoy va a ser, don Saturnino...

SAT.—Hoy, Blas. Pero lo que va a ser únicamente lo sabe Dios.

BLAS.—Si fuera cosa suya buena sería. Y desde luego, la millonada va para la señorita Paz, eso no tiene duda.

SAT.—Así parece...

BLAS.—La cuestión, para mí, está en lo que nos haya dejado a nosotros...

SAT.—Dílo mejor: la cuestión para tí está en lo que te haya dejado a tí.

BLAS.—Lo de nosotros era una finura; pero claro que lo mío me interesa más que lo de nadie.

SAT.—Lo malo, para todos, consiste en que el testamento es ya de hace nueve años, y aunque pensaba revocarlo, le sorprendió la muerte antes de que lo escribiera.

BLAS.—Más de nueve y más de diez y ocho llevamos aquí todos; que yo entré a los once y voy para los treinta.

SAT.—Allá veremos lo que dispuso...

BLAS.—Y caso de que no fuera de nuestro gusto, ¿no se podría enredar alguna trampa?

SAT.—No se hacen con tanta facilidad...

BLAS.—Nosotros, no; pero un abogado bueno o un juez malo creo yo que no tendrían muchas dificultades... ¿Usted qué dice?

SAT.—Que lo primero es aguardar y enterarnos. A las doce leerán aquí el testamento y después ya veremos...

BLAS.—Es buena idea. Pero cónstele a usted que yo, en estas cosas de leyes, estoy mucho por las trampas.

SAT.—No eres tú solo...

BLAS.—Voy para los treinta años; hay experiencia ya...

ESCENA II

DICHOS y PAZ por la derecha

PAZ.—(*Afectuosa siempre y con todos*). ¿Qué haces aquí?

BLAS.—Dándole a la conversación lo suyo.

PAZ.—Pues dale también un poco a la obligación. Anda...

BLAS.—Allá voy.

(*Mutis por la izquierda*).

PAZ.—¿Está todo, Saturnino? ¡Que no falte ningún documento!

SAT.—No falta ninguno. Lo que parece mentira—verdad que todo parece mentira en esta casa desde hace tres meses...—es que usted se tome con tanta calma el que otros vengan a repartir con usted.

PAZ.—¿Quién soy yo para oponerme?

SAT.—¿No fué usted para don Santiago igual que una hija por el cariño y mejor que una hija por lo agradecida?

PAZ.—Solo faltaría que fuera ingrata...

SAT.—¿Y don Santiago tenía herederos for-

zosos? ¡No! Pues entonces lo justo era dejárselo todo a usted y no partir con nadie la fortuna, llamando a hermanos y a sobrinos que no fueron nunca sobrinos ni hermanos, porque nunca se trataron.

PAZ.—Si el pobre don Santiago hubiera modificado el testamento como deseaba y como tantas veces me lo dijo, seguramente habría sido todo para mí...; pero aunque no lo sea, la fortuna es muy sobrada para que no me cause gran perjuicio el que haya dejado unas mandas a sus parientes.

SAT.—Y gracias todavía, que si llega a morir sin testar...

PAZ.—(Asustada). No lo pensemos.

SAT.—Cuidado que yo se lo predicaba: Pero señor don Santiago de la Iglesia, arregle sus asuntos... Y por culpa de ese confiarse en la vida, que es lo menos confiado que uno debía tener, aquí estamos todos un poquito nerviosos hasta averiguar en qué para eso de fijo... Y hay que resignarse... y hay que poner buena cara a ese don Perfecto Sanjuanella, que Dios confunda, amén.

PAZ.—Es el albacea testamentario.

SAT.—Y es el hombre más desvergonzado de

la tierra, y en el pueblo no lo trata ninguno, porque para él no hay nada respetable y seburla de todo y de todos. Más veces que yo se lo dije a don Santiago... ¡Quite usted a ese hombre! No cambie usted el testamento si no quiere; pero quite usted a ese hombre, que es una mala vergüenza que le haya usted concedido las amplísimas facultades de albacea, contador y partidador... ¡y amo de la herencia de usted!

PAZ.—Fueron íntimos amigos...

SAT.—Una mala amistad.

PAZ.—Tú le tienes un poco de manía...

SAT.—Yo no soy más que el apoderado y me toca obedecer. Que estén en orden las cuentas y los recibos... y hemos terminado. Pero si yo fuera algo en la casa entraba al despacho, porque no se le puede negar la entrada al albacea en tanto que no termine los negocios; ¿pero aquí? Ni pisar el suelo.

PAZ.—¿Y si yo te dijera que tengo confianza en él?

SAT.—Pues contestaría que la embaucó, porque es listo y habilidoso y sabe más cuqueterías que un gitano, y porque su oficio es ese, el embaucar a las gentes.

PAZ.—No tienes motivo para hablar así.

SAT.—No lo tendré...; pero le retorció el pescuezo muy a gusto para empezar las amistades y...

(Interrumpiéndose porque le advierte Paz con una seña que alguien entra.)

ESCENA III

DICHOS y PERFECTO por el foro

PERF.—¿Se puede...?

PAZ.—Adelante.

SAT.—*(Obsequioso.)*—Pase, don Perfecto, pase. ¿Quiere una copita de coñac?

PERF.—En ayunas, no. Tráeme dos de ginebra.

SAT.—Mire que es muy bueno...

PERF.—Bueno, entonces. Tráeme la copita de coñac, que la beberé por excepción. Y las dos de ginebra, que las beberé por costumbre.

(Mutis por la izquierda Saturnino, volviendo en seguida con lo pedido.)

PAZ.—¿No le harán daño?

PERF.—No. Los licores tonifican. No abusando, claro...

PAZ.—Y tres copitas...

PERF.—Entonan. Es la medida exacta para entonar únicamente. Lo que tal vez pudiera sentarme por lo mediano sería la intención con que las ofrecen...

PAZ.—Yo aún no sé lo que es el querer mal a alguien...

PERF.—¿Ni a mí?

PAZ.—¿Y a usted por qué, don Perfecto?

PERF.—Hablan tanto a mi costa...

PAZ.—Y yo sé lo que hablan; pero con eso aún no creo saber lo que es usted...

PERF.—Le agradezco a usted, Pacita...—los clásicos dicen Paccita; pero a mí no me suena, y como yo hago la revolución desde el medio, en el idioma también doy unos mandobles...—Le agradezco a usted, Pacita, que no me juzgue hasta después de tratarme. Es una justicia; pero en Villalinda resulta ya un favor.

PAZ.—Pequeño.

PERF.—Pequeño, evidentemente, pero favor. Es usted muy buena... ya lo sabía de antes... y en pago...

PAZ.—*(Atajándole.)* No, don Perfecto; no mezcle pagos y bondades...

PERF.—No. Que usted, heredera, me demues-

tre afecto a mí, albacea, no se lo estimo a usted nada. Lo que yo procuraré pagar, si puedo algún día, es la bondad que tuvo usted siempre con todos y para todos.

PAZ.—Muchas gracias.

(Entra de nuevo Saturnino.)

PERF.—Hace usted bien en dárme las, porque es usted la segunda persona de quien tengo buena opinión en este mundo. La primera comprenderá usted que soy yo...

SAT.—Muchas gracias en nombre de todos los demás.

PERF.—Así lo creo. Para que rectifique, demuéstreme usted que es usted bueno; yo no tengo por qué suponerlo de nadie. Y vamos con los asuntos. El notario vendrá a las doce. No haga falta que viniera porque me sobro yo, pero como alguna gente se paga de los títulos académicos y a mí no me estorban... ¡que vengan los notarios! Yo no los creo dañinos...

PAZ.—¡No, hombre, no!

PERF.—Veo que usted tampoco. Lo celebro, y desearía que siempre coincidiéramos igual.

PAZ.—Yo también. Si necesita algo, mande con libertad. Saturnino tiene toda la documentación.

PERF.—Saturnino y yo nos entenderemos perfectamente.

(Saturnino, a espaldas de Perfecto, niega con el gesto. Mutis Paz por la derecha.)

ESCENA IV

PERFECTO y SATURNINO. Luego AMBROSIA por el foro.

SAT.—Ahí tiene el índice general. Las partidas originales están en el despacho.

AMB.—Ya vuelvo de la fonda, señor Saturnino, y que descuide usted: todos estarán aquí a las doce.

SAT.—Los tres hermanos, don Jacobo, don Antolín y don José, que no faltarán.

PERF.—*(Desde la mesa.)*—¿Que no faltarán...? No sé si algún día despejado dejará el sol de lucir; no sé si alguna noche clara dejarán de asomarse luceros y estrellas... pero que no falte un heredero a la lectura del testamento, eso sí lo sé.

SAT.—¿Les habrá dejado mucho?

PERF.—Algo, seguramente. A esos y a Juan Antonio y Matilde, hijos de los otros hermanos

fallecidos. Era una deuda de conciencia, una carga de justicia, como dice un epígrafe exclusivo del presupuesto español, y la liquidó.

SAT.—¿Usted no lo sabe de fijo?

PERF.—No. El testamento es cerrado. Y de las demás disposiciones, que en pliego aparte depositó en la notaría, ya tienes conocimiento tú lo mismo que yo.

SAT.—Aguardaremos.

PERF.—Poco falta.

SAT.—(A Ambrosia.)—¿Y a don Juan Antonio le avisaste?

AMB.—Sí, señor. Es muy joven el joven ese...

SAT.—Bueno.

AMB.—Y muy simpático.

SAT.—Bueno.

AMB.—Y muy atrevido.

SAT.—Bueno... o malo. Tú sabrás...

AMB.—Me dió un duro... y un pellizco.

SAT.—Guárdate los dos.

AMB.—Y para la señorita traigo un recado muy atento: que si ella se lo permite vendrá una mijita antes de la hora para saludarla. A mí me hizo gracia lo de la mijita...—(Se ríe.)—¿A usted no?

SAT.—Ninguna.

AMB.—Puede que ésta sea una de las cosas que ya no hacen gracia a cierta edad.

SAT.—Puede que sea. ¡Lárgate!

AMB.—Con el permiso de usted...

(Mutis por la izquierda.)

ESCENA V

PERFECTO y SATURNINO. Luego JACINTA, por el foro

PERF.—(Levantándose.)—¿Juan Antonio estuvo aquí en la casa?

SAT.—No, señor; lo conocía de Madrid, los años que ella fué al colegio.

PERF.—¿Qué tal persona es?

SAT.—Como todas las personas: bueno, hasta que le convenga ser malo.

PERF.—Primer punto de conciencia. Apúntalo...

JAC.—(Entrando.)—Ya está obedecido, don Saturnino. Por cierto que es muy graciosa la señorita esa. En la fonda se ríen la mar con ella. Anoche pidió un entradón para la cama, que tenía frío.

PERF.—¡Un edredón!

JAC.—Eso es, sí. Y esta mañana mandó que la prepararan el baño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

PERF.—Ya le habrán dicho que en el pueblo no hay más que uno, que se trajo hace dos años cuando el señor obispo giró su visita pastoral, y que no llegó a utilizarse porque su ilustrísima no se detuvo aquí más que ocho días.

JAC.—Naturalmente que se le dijo. Pero aún no saben ustedes la mitad de las fantasías de esa doña Matilde... ¡que por poco la echan de la posada! Al decirle que no había baño, se le puso el antojo en la cabeza de que, con unos guantes que ella trae, le diera unas friegas por el cuerpo una muchacha... ¡como si una chica decente se prestara a esas comisiones! ¡Anda y que busque un mozo la muy tal si le gustan esas cosas!

PERF.—Sería menos escandalosa ante la opinión pública...

SAT.—¿Pero no trae doncella?

JAC.—La doncella es otra madama, que se mareó anoche en el tren y hoy no podía madrugar. ¡Para mí que son un par de lagartas, don Saturnino!

SAT.—No, mujer, no. Vive en París y está hecha a más comodidades.

JAC.—¿Pero usted no decía que era soltera?

SAT.—Y lo es.

JAC.—U, u, u... ¿Soltera y tantas friegas? Eso me da mala espina.

PERF.—Porque tú no estás al tanto de la higiene moderna. Las costumbres han progresado muchísimo, y en el mundo hay ya de todo... Hay hasta mujeres honradas que se lavan con frecuencia.

JAC.—Habría... Lo que yo digo es que maldita la falta que hacían esa clase de personas en Villalinda.

SAT.—Ya sabes a lo que vienen.

JAC.—A llevárselo todo.

SAT.—Si pueden...

JAC.—¿Y nos desheredan a nosotros?

PERF.—¿Quiénes somos *nosotros*?

JAC.—Los que le hemos servido tantos años fielmente. ¡Como pase eso, es una canallada de don Santiago!

SAT.—Aguarda a la lectura.

JAC.—Dios me perdone, y la memoria del difunto también; pero canallada lo es.

SAT.—Aguarda...

JAC.—¿No dicen ya que los herederos son esos granujas?

SAT.—Nadie dice que son granujas, sino hermanos y sobrinos.

JAC.—Es lo mismo.

PERF.—A veces. Pero hasta ahora todo lo que se diga es gana de hablar.

JAC.—Esperaré... ¡pero como no me deje nada, lo de canalla, y ladrón, y asesino, lo van a oír hasta las piedras!

SAT.—(Incomodado.)—¡Calla ahora!

JAC.—(Afligiéndose.)—Usted sabe cuánto le queríamos, porque era un señor muy honrado y muy tranquilo.

SAT.—(Haciéndola marchar.)—Lo sé, lo sé...

JAC.—¡Pobre señor! ¡Tan bueno como parecía!

SAT.—Y lo era.

JAC.—Digo que parecía tan bueno de salud y en cuatro días llevárselo así el demonio.

SAT.—¡Jacinta!

JAC.—Siempre hay que ponerse en lo peor, don Saturnino.

SAT.—Bueno. Acaba y vete.

JAC.—¡Pobre señor, pobre señor!

(Lloriqueando. Mutis por la izquierda.)

ESCENA VI

PERFECTO y SATURNINO

PERF.—¿Esta Jacinta era el ama de llaves?

SAT.—Eso era.

PERF.—Y aunque no herede, ¿por qué se conceptúa desheredada? ¿Es que en las mocedades de don Santiago y de ella hubo méritos de guerra?

SAT.—Yo no los he visto.

PERF.—Ni yo te preguntaba tanto.

SAT.—Casi con certeza creo que no pasó nada entre ellos jamás.

PERF.—¿Entonces sus títulos están exclusivamente en el placer de heredar...? Tiene razón; ese ya es un título. (Va a sentarse a la mesa.)—¿Y la relación de gastos negros? Funerales, misas, esquelas...

SAT.—Se la traeré ahora mismo.

(Mutis por la derecha.)

ESCENA VII

PERFECTO y ANTOLIN por el foro tras una breve pausa.

ANT.—¿Tiene usted la bondad de decirme si es usted de la casa?

PERF.—Sí... y no. Soy el albacea.

ANT.—¡Ah! ¿Usted es Perfecto?

PERF.—Eso no lo es nadie.

ANT.—¿Don Perfecto Sanjuanella?

PERF.—Eso sí. Nuestra intimidación no es muy grande, y usted me llama a mí don Perfecto como yo le llamaré a usted don... lo que sea.

ANT.—Antolín de la Iglesia.

PERF.—¿El hermano mayor del pobre don Santiago?

ANT.—(*Inquieto.*)—¿No ha dejado dinero?

PERF.—Mucho.

ANT.—(*Serenándose.*)—Como dijo *del pobre don Santiago*, he tenido un momento de inquietud. Ya sé que es una expresión corriente; pero en boca del albacea todas las palabras revisten una importancia extraordinaria.

PERF.—(*Dándole unas palmaditas.*)—Pues tranquilícese usted...

ANT.—¡Desdichado hermano mío! ¡No haber recogido el último suspiro suyo!

PERF.—¿También los suspiros? Pues se le avisó a usted con tiempo...

ANT.—Pero no lo creí; ¡se exageran tanto las enfermedades...!

PERF.—¿Y no recibió usted después, igual

que todos, un giro de mil pesetas para gastos de viaje?

ANT.—Eso sí lo creí... y aquí estoy. Es un dolor, amigo mío, un verdadero y grandísimo dolor lo que cuestan hoy los viajes.

PERF.—A usted nada.

ANT.—Es que de no haberlo emprendido tendría intactas las mil pesetas, y al seis... ¡No pongamos nunca más que al seis mensual...! Calcule usted...

PERF.—Ya estoy calculando...

ANT.—(*Confidencial.*)—Tenemos que hablar mucho usted y yo. Desconfíe usted de todos los demás. Y dígame: ¿es cierto que el caudal llega a los dos millones de pesetas?

PERF.—No, señor.

ANT.—¡Qué lástima!

PERF.—Un millón trescientas mil... poco más o menos.

ANT.—Sería preferible un poco más... Pero, en fin, no está mal eso. Un millón trescientas mil, al seis por ciento... ¡No pongamos nunca más que al seis mensual...! Son, son...—(*Queda echando cuentas; receloso al sentir ruido.*)—¡Desconfíe usted de todos!

PERF.—De todos: estoy en ello.

ESCENA VIII

DICHOS: JACOBO, CAMILA, PAQUITA y ERNESTO, por el foro.

JACOBO.—Buenos días.

CAM.—(*Paquita y Ernesto, a un tiempo*).—Buenos días.

ANT.—(*Presentándolo*).—Don Perfecto Sanjuanella.

(*Y va a la mesa, sentándose a echar cuentas.*)

JACOBO.—(*Camila, Paquito y Ernesto, a tiempo y entusiasmados*). ¡Don Perfecto Sanjuanel la PERF.—Servidor...

JACOBO.—Yo soy Jacobo de la Iglesia. Y estos mis niños, que adoraban a su tío.

ERN.—¡Lo adorábamos!

PAQ. y CAM.—(*A tiempo*).—¡Lo adorábamos

ESCENA IX

DICHOS y SATURNINO, por la derecha.

JACOBO.—(*Llevándose aparte a Perfecto*).—Desconfíe usted de Antolín...—(*Llama a los*

niños por señas, y cuando éstos rodean a Perfecto).—Le digo que desconfíe de Antolín.

ERN.—¡El tío Antolín es un roñoso!

CAM.—¡Un usurero!

PAQ.—¡Un tacaño!

JACOBO.—¡Tremendo! Incluso para sus mismas diversiones; ya de muchacho, en los bailes, era siempre el más agarrado. No había quien le hiciera pagar su escote.

CAM.—En el pueblo, en Villalpando, le aborrecen todos.

PAQ.—¡Todos!

JACOBO.—Y caso de que nos designe herederos en conjunto, usted comprenderá que sería una injusticia el dividir por igual entre los hermanos cuando las circunstancias son muy distintas: que yo tengo tres hijos y hay que auxiliarlos. ¿No lo considera usted así?

PERF.—Sí, señor.

JACOBO.—¿Sí, señor? (*Hace señas a los chicos de que se aparten y él se lleva a Perfecto algo más lejos*).—Por la tarde le aguardo a usted y hablaremos, porque está muy puesto en razón que no pierda usted el tiempo arreglando los asuntos ajenos. ¿Comprendido?

PERF.—¡Comprendido!

JACOBO.—(*Llamando a los niños*).—Espero que el señor Sanjuanella, que ya es un buen amigo mío, lo sea también vuestro.

ERN., CAM. y PAQ.—¡Sí, sí!

JACOBO.—Y de los predilectos.

ERN., CAM. y PAQ.—¡De los predilectos!

PERF.—Lo estimo, lo estimo. Pero mande usted callar al orfeón.

JACOBO.—Callaos, y obedeced siempre al señor Sanjuanella.

ESCENA X

DICHOS, MATILDE y MLE. BERTILE

(*Vestidas con trajes algo atrevidos de moda, cada una en su clase. Ambrosia, que las mira embobada*).

MAT.—Señores...

CAM.—¡La prima de París!

PAQ.—(*A Camila*). ¿La besamos?

ERN.—Bueno.

CAM.—Aguarda a ver lo que ella hace.

MAT.—¿Ustedes son los tíos?

JACOBO.—Sí, sobrinita.—(*Presentándose*).—

Jacobo... Antolín y mis niños Camila, Paquita y Ernesto.

MAT.—Tanto gusto...

CAM.—El señor Sanjuanella.

MAT.—(*Después de una leve inclinación a Mademoiselle*).—Mademoiselle, mon cahier.—(*Pronúnciese madmoasel, mon Kahié*).—Ahí tiene usted mis papeles, visados por el cónsul.

PERF.—Supongo que todos reconocerán la personalidad de usted y no precisaremos justificantes.

MAT.—Como ustedes quieran.—(*Entregando de nuevo las hojas de papel cosidas*).—Mademoiselle, attendez-moi.—(*Pronúnciese atandè moá*).

MADEM.—(*Retirándose*).—Bián.

AMB.—¿Y usted comprende bien todo lo que le dice la señorita?

MADEM.—Comment?—(*Komán*).

AMB.—(*Más fuerte*).—¡Que si usted comprende bien todo lo que le dice!

MADEM.—Comment, mademoiselle?

AMB.—¿Yo...?—(*Se ríe*).

PERF.—Podéis seguir allá la conversación.

AMB.—Me parece que no; pero vámonos. Vengá, vengá...

Mutis por el foro Mademoiselle y Ambrosia.

ESCENA XI

DICHOS, MENOS ESAS DOS

MAT.—Señor Sanjuanella... ¿no recibió usted mis telegramas, uno desde París y otro desde Irún?

PERF.—Sí, los dos.

MAT.—¿Y no ha bajado usted a la estación...?

PERF.—No pude...

MAT.—¿Porque no contesté a las cartas? Pensaba darle las gracias de palabra. ¿Es usted puntilloso...?

PERF.—Por no quedarme sin ser algo en este mundo. Pude haber sido banquero, como su padre de usted, o matador de toros, o abogado, pero me faltó dinero para la banca, me faltó valor para la torería y me faltó aplicación para una carrera. Y faltándome tantas cosas, lo único que me sobra todavía son faltas... Dispéñeme usted.

MAT.—Seamos amigos desde ahora. ¿Quiere usted? Y a ver si arreglamos en seguida lo de la herencia, aunque sea a costa de algún pequeño sacrificio, porque yo he de volverme a París. El día 15 tenemos un baile de trajes que promete ser una maravilla. Claro que puedo ir y volver si esto se retrasara...

PERF.—Sería una solución... ¡Lástima que no viva don Santiago!

MAT.—¿Para qué?

PERF.—Para que fuera al baile también.

MAT.—¿Le ha molestado a usted que lo dijera? No llevando luto, porque él mismo lo prohibió, no sé para qué había de privarme. Y no me exigirá usted la hipocresía de lágrimas y desmayos por una persona que no he conocido y de quien apenas si oí el nombre una docena de veces en mi vida.

PERF.—Evidentemente que no.

CAM.—(Acercándose). Prima... ¿en París se llevan aún las faldas estrechas? En Villalpando ya no.

MAT.—Os vestiréis más a la inglesa en Villalpando.

CAM.—Sí.

(Siguen hablando)